



Capítulo 1



ARGUEDAS:

LA DINÁMICA DE LOS ENCUENTROS CULTURALES

TOMO I

Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales. Tomo I
Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores

© Cecilia Esparza, Miguel Giusti, Gabriela Núñez,
Carmen María Pinilla, Gonzalo Portocarrero, Cecilia Rivera,
Eileen Rizo-Patrón, Carla Sagástegui, editores, 2013

De esta edición:

© Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2013

Av. Universitaria 1801, Lima 32 - Perú

Teléfono: (51 1) 626-2650

Fax: (51 1) 626-2913

feditor@pucp.edu.pe

www.pucp.edu.pe/publicaciones

Concepto gráfico: Lala Rebaza

Diseño de interiores: Mónica Ávila Paulette

Carátula en base al afiche *Arguedas: la dinámica de los encuentros culturales*

Cuidado de la edición, diseño de cubierta y diagramación de interiores:

Fondo Editorial PUCP

Primera edición: abril de 2013

Tiraje: 500 ejemplares

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores

ISBN: 978-612-4146-32-9

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N° 2013-05741

Registro de Proyecto Editorial: 31501361300212

Impreso en Tarea Asociación Gráfica Educativa

Pasaje María Auxiliadora 156, Lima 5, Perú

El llamado de José María Arguedas

GUSTAVO GUTIÉRREZ

Pontificia Universidad Católica del Perú



Es un honor y una alegría, que agradezco a los organizadores, participar en este congreso que, por cierto, es una prueba más del persistente interés por la obra de José María Arguedas, un legado que, con toda la fuerza de su poesía —así es, fue ante todo un poeta—, no termina de interpelarnos. Una obra vasta que está dando lugar a una bibliografía oceánica, casi inabarcable.

Estas páginas pretenden aproximarse al sentido y al porqué de esa interpelación. Esto nos llevará a reflexionar sobre ciertas notas que considero centrales sobre alguien como José María, en quien vida y escritos dialogan constantemente. ¿Cuál es la razón de su intensa presencia entre nosotros, cuarenta años después de su muerte? ¿Qué es lo que hace que su mirada sobre el Perú siga vigente? En muchos aspectos, nuestro tiempo no es el de Arguedas, pero numerosos jóvenes, nacidos después de la hora que le tocó vivir a José María, muestran un creciente interés por él.

Estas son sin duda interrogantes muy amplias, pero aunque no llegemos sino a respuestas parciales, vale la pena considerarlas. Les propongo una reflexión en tres partes. En la primera, me gustaría recordar aquello que durante toda su vida fue un punto

de partida y una permanente actitud. En segundo lugar, veremos el papel de la memoria, personal y colectiva, en su testimonio. Finalmente, revisaremos la posición de José María acerca de su propia obra.

1. Como testigo

Arguedas buscó expresar en sus escritos la vida de un pueblo, su pueblo. En el Primer Encuentro de Narradores Peruanos, en 1965, tuvo una animada, pero fraterna, discusión con Sebastián Salazar Bondy, quien valoraba los cuentos de José María en tanto ficción. «¡Pura vida!», replicaba José María. Esa era su más profunda convicción; de hecho, a lo largo de su vida, había estado en lugares muy diversos: Andahuaylas, Abancay, Puquio, Cusco y otros territorios del sur andino (acompañando a su padre), Huancayo, Ica, Lima, Chimbote (no así, lamentablemente, en la Amazonía, que no conoció de cerca). En ese peregrinaje, supo de distintas realidades y se identificó con las personas con las que convivió, especialmente con los maltratados y despreciados. Desde esas vivencias escribe.

«¡Pura vida!»

A José María se le puede aplicar lo que Guamán Poma decía de sí mismo: «he sido un sentenciador de ojos vista». Guamán Poma recorrió durante treinta años las tierras del antiguo Tahuantinsuyo y buscó —como Arguedas— un lenguaje apropiado para manifestar los sufrimientos y los vejámenes sufridos por la población indígena.

Para José María, el contacto directo con personas y acontecimientos era una importante vía para conocer la realidad. No desdeñó el conocimiento conceptual, pero no se limitó a él, ni le dio prioridad. Esta postura lo mantuvo atento y abierto a nuevas experiencias, dispuesto a aprender y cambiar; algo que hizo durante toda su vida, en fidelidad profunda a sus primeras y más hondas intuiciones. El conocimiento por experiencia —revalorado por H. G. Gadamer— no se expresa necesariamente en ideas claras y distintas, pero pisa terreno firme, cercano, como es, a realidades complejas. Así lo veía Arguedas cuando decía: «he vivido atento a los latidos de nuestro país», e insistía en que su obra estaba llena de vida, de pura vida, como lo hemos recordado. Y la vida es movimiento, dinamismo, proceso que se enriquece con el tiempo. Por esta razón, debemos evitar encasillar a José María —como a veces ocurre en un momento de su itinerario vital o en un texto determinado—.

Esto no quiere decir que descuidara el aporte del pensamiento de orden conceptual. Todo lo contrario. Si alguna vez dijo que el socialismo no mató en él lo mágico (Arguedas, 1969, citado en Arguedas, 2011), me atrevería a afirmar que tampoco las ciencias sociales que estudió y enseñó mataron en él lo mágico. En ese campo disciplinar, realizó importantes investigaciones que le ayudaron en su comprensión del mundo andino, con el que nunca perdió una relación vital y cercana. La noticia de la pronta publicación de su obra antropológica lo hará ver con toda claridad. Pero siempre creyó que la antropología y la etnología, que enriquecieron su visión y le ayudaron a encontrar el lenguaje más adecuado para comunicarla, debían estar permeadas, empapadas, de vivencias personales: «Yo viví —decía, con orgullo y ternura— en el *ocqlllo* [pecho] de los indios». En medio de ellos: eso es lo que se propuso compartir con su testimonio.

Por esa razón, le resultó tan doloroso lo sucedido en la mesa redonda, organizada por el Instituto de Estudios Peruanos, en 1965, con motivo de la publicación de su novela *Todas las sangres*, un intento de presentar una visión de conjunto de la sociedad peruana. Los científicos sociales, literatos y críticos literarios, todos ellos amigos de José María, participantes en ese conversatorio, apreciaron la obra; consideraron, sin embargo, que ella poco tenía que ver con la realidad social del Perú de esos días. El mundo que ella presentaba pertenecería a una era ya superada, anclada en el pasado. Decían que no correspondía al Perú contemporáneo. La novela era bella, pero una bella ficción. Había diversos matices entre los presentes, y tal vez hubo algunos malentendidos, pero era la opinión dominante. La posición de Alberto Escobar, gran conocedor del alma arguediana, fue una excepción.

José María pensaba todo lo contrario, estaba convencido de que su relato era una expresión fiel del universo que conocía y que mostraba en su novela. Sufrió mucho con las opiniones que escuchó de amigos que respetaba y estimaba. Hasta llegó a preguntarse, en un doloroso escrito: «¿He vivido en vano?». En efecto, se trataba de la pretendida inadecuación de su vivencia personal con la realidad peruana. Fue, sin duda, un desencuentro que le costó mucho, y la verdad es que no solo a él, sino también a varios de los que participaron en dicha mesa redonda. Pero, aunque algo golpeado y dolido, José María siguió adelante; además, ya germinaba en él la idea de la que sería su última novela (en *Todas las sangres* alude al asunto de la harina pescado y menciona los puertos de Supe y Chimbote).

Entropado

Importa recordar que Arguedas no se limita a ser un testigo. Fue, desde un inicio, un testigo comprometido, solidario con los oprimidos y «desabandonados», como gustaba decir. Esto le dio un punto de vista desde el cual mirar el país. Una visión que profundizó y renovó a lo largo del tiempo. En uno de sus primeros cuentos, «Agua», escrito cuando estaba en sus veintitantos años (y al que le tenía un particular afecto), relata el maltrato y la marginación sufridos por los indios comuneros que había presenciado de niño. Pone, entonces, en boca de Ernesto, su portavoz, la opción con la que se identifica: «solito, en ese morro seco, esa tarde, lloré por los comuneros, por sus chacritas quemadas con el sol, por sus animalitos hambrientos. Las lágrimas taparon mis ojos [...] y corrí después, cuesta abajo, a entroparme con los comuneros propietarios de *Utek'pampa*» (Arguedas, 2004 [1935], p. 78). Un compromiso que siempre mantuvo.

Entroparse es una forma verbal fuerte que expresa una opción firme y un acompañamiento permanente. Esa solidaridad es motivada y sostenida por el amor hacia personas que padecen desprecio y exclusión. Es un hondo sentimiento que lleva a compartir, a hacer propios los sufrimientos de otros. Ese es el sentido original del término compasión, aunque lamentablemente debemos reconocer que su significación primera se ha deteriorado un poco en el lenguaje corriente. Vale la pena, por eso, recordar que, etimológicamente hablando, com-pasión es la misma palabra que sim-patía; ambas significan «sentir con».

El llanto y las lágrimas de Ernesto expresan esa simpatía. Manifiestan la sensibilidad de José María, su amor por el pueblo que lo acogió y en el que, de algún modo, nació (o renació). Esa sensibilidad, que no dejó de jugarle una que otra pasada en su vida fue un rasgo importante de quien, amiguero y querendón, hacía amigos por donde iba. Esta actitud no menoscabó, sin embargo, su firme voluntad —como lo demostró siempre— de buscar la justicia a la que tiene derecho todo ser humano, poniendo el acento, claro está, en los más excluidos de nuestro país.

Búsqueda, igualmente, del reconocimiento y la igualdad de todos. Hablando de la consulta que hizo a un médico, Arguedas dice: «me trató como a un semejante». Como a semejantes se propuso tratar a los indios y luchó para que así fueran considerados por todos. Ve en ellos su condición de seres humanos y recusa con energía a aquellos que, en la práctica, no lo reconocen y se atreven a preguntar al pongo: «¿eres gente u otra cosa?». Fue una opción que marcó su vida y que nunca

abandonó. Conoció, defendió e hizo ver los valores del mundo indígena a los que no sabían apreciarlos. Atento a la injusticia, lo fue también al sufrimiento que ella causaba. Para él, no había nada más «sucio» (un duro vocablo, frecuente en José María) que humillar y hacer sufrir al otro. Los que así se comportan «enmugrecen el país», decía. Desde ese mirador leyó la vida del país en su tiempo y, en cierta manera, también en el nuestro.

Los primeros en ese compromiso son los últimos de la sociedad, los «ninguneados», como los llamaba también. Son los comuneros de *Utek'Pampa*; Cámac, de *El Sexto*; la chichera, de *Los ríos profundos*; Gertrudis, la kurku, de *Todas las sangres*; el pongo, de «El sueño del pongo»; los migrantes llegados a Lima, Moncada y Esteban, de *El zorro de arriba y el zorro de abajo*; y tantos otros. La justicia y el reconocimiento es una reivindicación de los que soportan injusticias y discriminaciones que atentan contra su dignidad de personas.

Con el tiempo, su visión se hará más compleja. La realidad andina y, más tarde, la del conjunto del país, le hacen ver que estamos ante una gran diversidad. Lo dice con una expresión que ha puesto su sello en el Perú de estos días: «la nuestra es una nación de todas las sangres» (la Conferencia Episcopal de América Latina y el Caribe, realizada en Aparecida, Brasil, en 2007, asumió esta expresión para hablar de todo el continente). Entre los olvidados y maltratados están los indios, los negros y también los mestizos. Esa complejidad se hace mayor en los personajes y en las múltiples voces de su última novela, que José María acostumbraba a llamar, brevemente, *Los zorros*. En ella incursiona de lleno en la costa, en un terreno que le era menos familiar, lo que le creaba una cierta inseguridad, como se refleja en varios pasajes de los diarios que se encuentran en esa obra. En esta novela, Arguedas se manifiesta a través de diversos personajes, entre los que no faltan contradicciones, constituyendo un entramado que refleja la complejidad nacional que el autor percibe cada vez más claramente. Pero retiene su intuición inicial: ver el país a partir de los últimos de la sociedad. Persiste en su tema de «la fraternidad de los miserables», como dice en *Todas las sangres*. Es decir, continúa leyendo «la historia a contrapelo de ella», como diría Walter Benjamin.

2. Memoria y profecía

La memoria es uno de los grandes temas de Arguedas y una clave importante para comprender su obra. Se comprende, puesto que, precisamente, lucha por sacar del olvido al mundo andino. En *Los ríos profundos*, Ernesto, su personaje autobiográfico,

renueva su identidad recordando y comprueba, al acompañar a su padre al Cusco, que a los indios «les habían hecho perder la memoria». Y un pueblo sin memoria es un pueblo débil. José María habría tenido algo que decir en los debates actuales sobre el Lugar de la Memoria.

Presente del pasado

Decir memoria no es decir nostalgia. La nostalgia es una fijación al pasado; expresa una añoranza, no refuerza el presente, ni se proyecta al futuro. Intenta, de algún modo, dar vuelta al revés a las manecillas del reloj. La memoria, en la clásica definición de Agustín de Hipona, es «el presente del pasado». La memoria actualiza el tiempo anterior, empuña el tiempo y lo vierte en el hoy, le da espesor y solidez al presente. Para eso, y no para rescatar el pasado, dice el Ernesto de *Los ríos profundos*: «esperé contemplándolo todo, fijándolo en mi memoria». En esa línea, Arguedas dice que cree haber podido realizar la ilusión de su juventud: «volcar en la corriente de la sabiduría y arte del Perú criollo el caudal del arte y la sabiduría de un pueblo al que se consideraba degenerado, debilitado o “extraño” e “impenetrable”». Pueblo que para Arguedas se encuentra en esa situación por «el desprecio social, la política y la explotación económica» que vive en su propio suelo.

La memoria, así entendida, está estrechamente ligada a la identidad personal y colectiva. Por esa razón, los poderosos tienden a borrar la memoria de los pobres. Eso fue lo que intentó hacer el virrey Toledo con sus Informaciones, con el propósito de asentar el dominio de los conquistadores y encomenderos. Pero sucede también hoy —en el contexto del neoliberalismo económico— con la insistencia de algunos en decir que estamos en una etapa histórica radicalmente nueva y distinta a lo vivido hasta ahora por la humanidad. Nada de lo anterior tiene valor en el presente, es necesario volver a empezar, no hay sino una opción. Es el declarado *pensamiento único*.

La memoria tampoco es historia, si por esta entendemos un relato cronológico. Ella lee el pasado en función del presente, para proyectarse más allá de él. Va a lo esencial, al sentido mismo de la historia. En la Biblia no hay profecía sin memoria, ni sin poesía. La profecía no consiste en adivinar el futuro, es una convocación a forjarlo, como en las profecías de Isaías que, el Esaías, citado en *Los zorros*, parafrasea: «Este hominidad va desaparecer, otro va nacer del garganta del Esaías. Vamos empujar cerros; roquedales pa' traer agua al entero médano; vamos hacer jardín

cielo; del monte van despertar animales qui' ahora tienen susto del cristiano; más que caterpillar van empujar... todo, carajo, todo; van anchar quebrada Cocalón, mariposa amarillo va respirar lindo».

La auténtica memoria empuja a la historia hacia adelante. Es un llamado.

Memoria que da vida

Se recuerda para actuar; de otra manera, la memoria de la que hablamos pierde sentido y se convierte en algo así como una mera gimnasia intelectual. No es la memoria mecánica de «Funes el memorioso», el cuento de Borges. Es la memoria que da vida y que nos permite afrontar, simultáneamente, con fortaleza y apertura, las nuevas situaciones. Esa es la lección que deja Cámac, personaje de *El Sexto*. Después de su muerte, Gabriel afirma: «A un país antiguo, hay que auscultarlo. El hombre vale tanto por las máquinas que inventa, como por la memoria que tiene de lo antiguo. Cámac no está muerto». Vive, porque su ejemplo es recordado y puesto en práctica.

La memoria manifiesta afición y compromiso, cercanía al otro (su uso, en ese sentido, es muy frecuente en la Biblia para hablar del amor de Dios). Está, por lo demás, presente en la vida de todos los días, como cuando decimos «no me olvides», «recuérdame», «tenme presente». La memoria va directamente al sentido profundo de la historia, sin perder la diversidad que existe entre sus actores y los contextos en que viven. No indaga por una especie de denominador común que coloque a todos los hechos y personas en el mismo plano, orillando lo que tienen de distinto los unos de los otros; evita las relaciones impersonales que convierten a los seres humanos en simples miembros (;números?) de clases sociales, culturas, géneros, etnias. Al contrario, la memoria, como la ejerce José María, respeta la diversidad, porque expresa una riqueza que la homogeneización hace desaparecer.

En relación con lo anterior, puede decirse que uno de los propósitos de José María fue, en palabras simples, devolver la memoria al pueblo andino, al pueblo indígena, y hacerlo saber al Perú de «todas las patrias». Es una expresión de afecto, de amistad por aquellos cuyos valores se propuso conocer y defender. Es así como debemos ver la solidaridad de Arguedas con su pueblo. El amor es lo que motiva sus recuerdos de personas y lugares. Lo expresa con una sinceridad que haríamos mal en tomar como sentimentalismo. Es compromiso entrañable, fuente de profundas alegrías para él, pero también de dolorosos desconciertos.

La memoria es un factor de discernimiento y de lucidez. Atento al mundo de la naturaleza, que ve en comunión vital con el andar histórico, Arguedas dice en *Los ríos profundos*, a propósito del vuelo de las aves: para «quien las ha visto, sus trayectos no se confunden en la memoria», saben adónde van.

3. Frente al desencanto: «¡Kachkaniraqmi!»

La opinión que el propio Arguedas tenía de su obra al final de sus días ha dado lugar a muchas discusiones. Algunos creen percibir una frustración ante un proyecto (¿utópico?) que perdía sentido ante la evolución social y cultural del Perú. Se da, incluso, el gesto de quitarse la vida como señal de que vivía una profunda decepción. Acerquémonos entonces al asunto, dentro de los límites de tiempo y espacio de los que disponemos.

Una historia de larga duración

Es importante, en primer lugar, ver con claridad el ámbito en el que se ubican las intuiciones mayores de Arguedas. Ellas conciernen, no cabe duda, a la coyuntura del país; pero tienen en cuenta, igualmente, las realidades, categorías mentales y atavismos que la condicionan y que vienen de atrás. Elementos en los que se apoya el desprecio y exclusión del mundo andino y pobre.

La visión de José María echa sus raíces en lo que F. Braudel (2002) designa como una «historia de larga duración». En ese nivel, los cambios no son rápidos, son hondos y estables. No se les percibe fácilmente en la superficie; sin embargo, son decisivos. Lo que ocurre en lo cotidiano de la vida del país no cambiará, en verdad, si no se va a las causas de la marginación de los pobres e insignificantes de nuestro mundo. No se trata, sin embargo, solo de detectar y eliminar las causas —por importante que eso sea—, pues ahí también se encuentran elementos que llevan a forjar nuevas situaciones, ya que las raíces del Perú «estarán siempre chupando jugo de la tierra para alimentar a los que viven en nuestra patria» (Arguedas, 2011a [1971], p. 221). Allí pone Arguedas el dedo y esta es, sin duda, una de las razones del vigor actual de su obra.

Se coloca ante los sufrimientos y alegrías, desencuentros y búsquedas de un pueblo al que, tal vez, algunos ven (según la frase de Octavio Paz respecto del mundo indígena mexicano) como una nación que arrastra «en andrajos un pasado todavía vivo», pero que José María, aunque consciente de su marginación actual, ve capaz

de una imponente capacidad de asimilación y deseo de no perder sus valores, sin enclaustrarse en un tiempo pretérito. A ellos, que invaden Lima, consagra el poema que llama «Canto a Túpac Amaru».

En esa hondura histórica se sitúa el Informe de la Comisión de la Verdad y Reconciliación. Es impresionante la imagen del país que emerge de una lectura serena y sincera de este documento. Del país, porque si bien el texto parte de una cruel coyuntura, considera a la nación como un todo y la ve en perspectiva histórica. Igual de impresionante fue ver a las víctimas de la violencia contar —en quechua, aymara, asháninca y lágrimas— sus sufrimientos. La gravedad de lo vivido llevó, necesariamente, a la Comisión a profundizar en los acontecimientos. Era imprescindible, pero se requería honestidad y coraje para ello, ir hasta las raíces de la situación. Solo de ese modo se podría hablar seriamente de reconciliación. Se hacía inevitable buscar la verdad bajo tierra, cubierta por una maleza de amnesias culpables, mentiras convertidas en moneda corriente y de indiferencia desencantada.

Es claro, sin embargo, que mucho de lo que sucedió no habría tenido lugar si una gran parte de la población peruana no se encontrase, desde vieja data, en el sótano de la nación, víctimas de la indiferencia y el olvido. Con esto no pretendemos decir que el hoy es el resultado mecánico y fatal del ayer. Las cosas no son tan simples, la historia no está regida por leyes ineluctables. Está hecha por seres humanos libres que toman decisiones en un sentido u otro. No cabe la menor duda de que la mayor responsabilidad de la cruel e inaceptable violencia que estudió la Comisión de la Verdad y Reconciliación viene de la voluntad criminal y sanguinaria de un grupo terrorista, cuyas acciones manifestaban un enorme menosprecio por la vida y la dignidad de toda persona. No obstante, la Comisión, con las limitaciones propias de una obra de tal envergadura, nos recuerda que la responsabilidad nos alcanza, en proporciones variadas, a todos nosotros.

Un lenguaje paradójico

En la noche misma del doloroso diálogo con algunos científicos sociales, al que ya hemos aludido, José María escribe: «creo que hoy mi vida ha dejado por entero de tener razón de ser»; sin embargo, un poco más lejos anota en el mismo texto: «siento algún terror al mismo tiempo que una gran esperanza» (Arguedas, 2011b [1985], p. 77). Con frecuencia, Arguedas usa el lenguaje paradójico para expresarse, algo que ha dado lugar, a veces, a apresuradas interpretaciones de sus escritos. La paradoja ha sido siempre una manera de expresar realidades cuyos

contornos exactos se nos escapan y que no podemos encerrar en conceptos claros y distintos.

Los años de elaboración de *Los zorros* no fueron fáciles para Arguedas; lo muestran los diarios que intercaló en el texto de la novela, las cartas que escribió en la época de la redacción de la obra, sus conversaciones personales con amigos. Se puede percibir en Arguedas un vaivén en las opiniones que tenía sobre su trabajo: de entusiasmos emotivos pasaba a penosos desconciertos, y viceversa. En medio de todo eso, Arguedas no deja de hablar de la esperanza y del tiempo que viene.

Quizá lo mejor sea hilvanar algunas citas de los últimos meses de su vida, cuando ya había tomado la decisión del suicidio. Ve su última novela «como un cuerpo ciego y deforme, pero que tal vez sea capaz de andar» (carta a Gonzalo Losada); considera que *Los zorros* «ha sido escrito en una verdadera lucha —a medias triunfal— contra la muerte» (carta a Gonzalo Losada); piensa que «el Perú es un cuerpo cargado de poderosa sabia ardiente de vida, impaciente por realizarse» (carta al rector de la Universidad Agraria); es consciente de cómo «se fortaleció mi fe en el porvenir que jamás me falló» (carta a un amigo, agosto 1969); tiene claro que «es mucho menos lo que sabemos que la gran esperanza que sentimos» (Arguedas, 2011a [1971], p. 219); vislumbra el ciclo de «la calandria de fuego, del dios liberador. Aquel que se reintegra» (p. 220.); afirma con convicción: «mi vida no ha sido trunca»; se declara «invulnerable a la amargura aun estando ya descuajado»; y añade: «dispénsenme la inocente y segura convicción [...] he sido feliz en mis llantos y lanzazos, porque fueron por el Perú. He sido feliz con mis insuficiencias porque sentía el Perú en quechua y en castellano» (p. 221).

Nótese que una buena parte de estas frases vienen de su texto de despedida, el «¿Último diario?». Ellas no permiten hablar de un final de frustración. Pueden matizarse con una que otra afirmación, pero son eso, matices que tratan de dar cuenta de un mundo diverso y global, que ilustran, además, lo que hemos dicho del lenguaje paradójico que emplea el autor para presentar la complejidad de nuestra realidad, la injusticia y sufrimientos que se anidan en ella y la necesidad de transformar esa situación sin eliminar los valores que atesora.

Entre la resistencia y el proyecto

Precisemos, sin embargo, que la observación que acabamos de hacer no significa, de modo alguno, un puro y simple regreso al pasado. Ya hemos señalado que ese

no es el sentido de la memoria en José María, pero es oportuno volver, desde otra entrada, a ese asunto.

Para ello, podemos apelar a la interesante distinción que hace M. Castells (2001) entre «la identidad de resistencia» y la «identidad proyecto», para una mejor comprensión del esfuerzo arguediano en su insistencia y valoración del mundo andino. La primera identidad es definida como «generada por aquellos actores sociales que se encuentran en posiciones o condiciones devaluadas o estigmatizadas por la lógica de la dominación, por lo que constituyen trincheras de resistencia y de supervivencia basándose en principios diferentes u opuestos a los que impregnan las instituciones de la sociedad» (Castells, 2001).

Puede haber algo de esto en Arguedas, en ciertas páginas de sus primeras obras, ante el desprecio y avasallamiento del mundo indígena por la sociedad occidental. Pero, desde muy temprano, igualmente, Arguedas se negó a ser encasillado en el compartimiento del indigenismo, como algunos lo pretendían y otros todavía persisten en sostenerlo. No obstante, el rechazo a que su narrativa sea considerada indigenista —en el sentido clásico del término— se encuentra en textos enérgicos y conocidos; con ello, lo que él intenta es reafirmar «los valores humanos excelsos de la población nativa» Arguedas, 1970). Una perspectiva que ahondó y perfiló incansablemente. Su proyecto era otro, más complejo y más difícil, y abarca un universo más vasto.

La «identidad proyecto», de la que habla asimismo Castells, resulta esclarecedora aquí. Ella se presenta «cuando los actores sociales, basándose en los materiales culturales de que disponen, construyen una nueva identidad que redefine su posición en la sociedad y al hacerlo buscan la transformación de toda la estructura social» (Castells, 2001). Es una identidad orientada a la búsqueda de la transformación social. En ella estuvo empeñado Arguedas. Que hay elementos de la identidad de resistencia en su variada obra es innegable, pero sería recortar su búsqueda, no ver hacia dónde apunta finalmente. Delinear ese proyecto sin perder las raíces andinas no fue sencillo y motiva un ir y venir, penoso e incierto a ratos, pero retomado constantemente. Hacerlo le causó desazón, pero también gozos profundos.

Es más, Castells reconoce que «las identidades que comienzan como resistencia pueden inducir proyectos» (Castells, 2001). La frontera entre esas identidades es lábil y porosa. Es lo que ocurre, me parece, en la obra arguediana. En ella no solo hay resistencia, defensa de visiones tradicionales; en muchas ocasiones, sobre

todo en sus últimos escritos, esa actitud asume formas complejas y novedosas. No hay una invocación a volver a un tiempo pretérito. Hay una utopía, sí, pero en el sentido original del término inventado por Tomás Moro: una crítica y un discernimiento del presente y un lanzamiento hacia el porvenir, bajo «la luz —habría agregado Arguedas— que nadie apagará»¹. Consciente de la enorme capacidad de asimilación y recreación que tiene el mundo andino, demostrada a lo largo de la historia, Arguedas trabaja —y lo muestra al país— aquello que, en el Perú de hoy, es un aporte que permite ponerse en camino hacia una sociedad justa y fraterna.

No es un programa político; es un proyecto de vida que deja atrás el primer ciclo de la historia del Perú: el de la calandria consoladora y el Dios inquisidor. Y que vislumbra el segundo ciclo: el de la calandria de fuego y el Dios liberador; proyecto que hace «temblar» (*katatay*) el presente.

*

José María era una persona compleja, como complejo es el país que amó y que buscó conocer lo mejor que pudo. En muchas ocasiones, quedó atrapado en los desencuentros, hastíos y desalientos que experimentó, pero tuvo presentes también los hervores, las esperanzas y la voluntad de vida que se dan entre nosotros. Los vivió con gran intensidad, en condiciones anímicas difíciles que arrastraba desde años atrás y en medio de problemas personales; pero, pese a eso, su último gesto forma parte de esas decisiones indescifrables que nos colocan ante un umbral que no nos es dado atravesar y que solo nos queda respetar.

Siempre permaneció fiel a su opción de ver la realidad nacional desde los más pobres, pobres en derechos, puesto que no son reconocidos en su condición humana. No obstante, se mantuvo invariablemente abierto a nuevos hechos y a encuentros capaces de hacerle ver pistas inéditas o volver de manera distinta a experiencias y a visiones ya tenidas. Por eso, si bien es valioso estar atentos al permanente diálogo que se da en él entre vida y obra, es impropio encajonarlo en una etapa de su recorrido vital.

Arguedas nos llenó de poesía. Leerlo y releerlo, pese a inevitables ausencias y limitaciones, propias de obras de esta envergadura, nos plantea un horizonte de creatividad y nos invita a tomar la posta. Por eso, aunque lo hagamos abrumados

¹ Expresión extraída de una carta de Arguedas dirigida a un amigo, fechada en agosto de 1969.

por una historia y una realidad que no parecen moverse, salimos del encuentro con él, como el indio anónimo de *Todas las sangres*: «tieso, juirme, águila. Era mozo no más». Plenos de vida.

Bibliografía

- Arguedas, José María (1983 [1958]). Los ríos profundos. En *Obras completas*. Lima: Horizonte.
- Arguedas, José María (1983 [1961]). El Sexto. En *Obras completas* (III, pp. 217-344). Lima: Horizonte.
- Arguedas, José María (1983 [1964]). Todas las sangres. En *Obras completas* (IV). Lima: Horizonte.
- Arguedas, José María (2004 [1935]). Agua. En Carmen María Pinilla (ed.), *José María Arguedas: ¡Kachkaniraqmi! ¡Sigo siendo! Textos esenciales*. Lima: Fondo Editorial del Congreso del Perú.
- Arguedas, José María (2011 [1968]). No soy un aculturado. En *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Lima: Horizonte.
- Arguedas, José María (2011a [1971]). *El zorro de arriba y el zorro de abajo*. Lima: Horizonte.
- Arguedas, José María (2011b). ¿He vivido en vano? En Rochabrún, G. (ed.), *La mesa redonda sobre Todas las sangres*. Lima: IEP.
- Arguedas, José María (1970). Razón de ser del indigenismo en el Perú. *Visión del Perú*, (5).
- Benjamin, Walter (1973). *Tesis de filosofía de la historia*. Madrid: Taurus.
- Braudel, F. (2002). La larga duración. En *Las ambiciones de la historia* (pp. 147-177). Barcelona: Crítica.
- Castells, M. (2001). *La era de la información. Tomo II: el poder de la identidad*. México D.F.: Siglo XXI.
- Duviols, Pierre (1971). *La lutte contre les religions autochtones dans le Pérou colonial*. Lima: Instituto Francés de Estudios Andinos.
- Gadamer, Hans-Georg (1977). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- Paz, Octavio (1990). Discurso al recibir el Premio Nobel.